

# CHILDE ROLAND A LA TORRE OSCURA LLEGÓ

[Poema - Texto completo.]

Robert Browning

I.

Mi primer pensamiento fue que él mentía con cada palabra,  
Aquel anciano decrépito, con ojos maliciosos  
observando con astucia el efecto de su mentira  
en los míos, y la boca que apenas disimulaba  
el júbilo, que deformaba sus labios,  
por haber atrapado otra víctima.

II.

¿Para qué no estaba él dispuesto con su cayado?  
¿Para qué, salvo para acechar con sus engaños, para confundir  
a todo viajero que lo encontrase allí sentado  
y preguntase el camino? Conjeturé qué risa cadavérica  
brotaría, qué falacias escribiría en mi epitafio  
como pasatiempo en la polvorienta calzada.

III.

Si por su consejo yo girase  
Hacia aquella ominosa región en la que, como todos saben,  
se esconde la Torre Oscura. Aun así, aceptándolo,  
torcí hacia donde él señalaba: no por vanidad,  
ni por la esperanza en el final señalado,  
sino por la alegría de que existiese algún final.

IV.

Porque, a pesar de mis andanzas por toda la tierra,  
a pesar de mi camino que se alargaba en penosos años, mi esperanza  
era un fantasma nunca dispuesto ante  
ese turbulento regocijo que brindaría el éxito,  
apenas podía intentar reprimir la emoción  
que sintió mi alma, al hallar un fallo en su aptitud.

V.

Al igual que un enfermo que se acerca a su muerte,  
parece efectivamente muerto, y empiezan las sensaciones y concluyen  
las lágrimas y recibe el adiós de cada amigo,  
y oye a uno proponer a otro marchar, para respirar  
libremente en el exterior, ("puesto que todo ha terminado, dijo él,

y ningún lamento puede compensar la desgracia”).

VI.

Mientras unos discuten si cerca de otras tumbas  
habrá espacio suficiente para él, y qué momento del día  
es el mejor para trasladar el cadáver,  
poniendo empeño en los estandartes y pañuelos:  
el enfermo aún lo oye todo, y solamente anhela  
no deshonorar tan tierno amor, y permanecer.

VII.

Así, he sufrido tanto en esta lúgubre búsqueda,  
He oído el fracaso tan a menudo anunciado, he sido incluido  
tantas veces en “El Grupo”- a saber,  
Los caballeros que al sendero de la Torre Oscura encaminaron  
sus pasos- que el sólo fallar como ellos parecía un triunfo,  
Y toda la duda ahora era- ¿sería digno?

VIII.

Así, en silenciosa amargura, me alejé de él,  
De aquel odioso anciano, fuera de su camino,  
Hacia el sendero que él señalaba. Todo el día  
había sido tranquilo a lo sumo, y turbio  
se volvía hacia el final, y aún soltó una tétrica  
mirada roja y obscena para ver al llano atrapar al distraído caminante.

IX.

¡Por la marca! Apenas me hube  
internado en la planicie, tras un paso o dos,  
Al detenerme para echar una última mirada atrás,  
hacia el seguro camino, éste había desaparecido; gris llanura por todas partes:  
Nada salvo planicie hasta el fin del horizonte.  
Debía seguir; no había más que hacer.

X.

Así continué. Creo que nunca antes vi  
tan yerma e impura naturaleza; nada prosperaba:  
Por flores- se podía esperar una arboleda de cedros!  
Pero la gramínea, el tártago podía, de acuerdo con su ley,  
Propagar su especie, sin nada que temer,  
Pensarías que uno cardo habría sido una joya invaluable.

XI.

¡No! Penuria, pereza y llanto,  
De alguna extraña manera, eran parte de la tierra. “Mira  
o cierra tus ojos,” dijo Natura con mal talante,  
“Nada instruye, mi caso no tiene remedio;  
Es el fuego del Juicio quien debe sanar este sitio,

calcinar sus suelos y liberar a mis prisioneros.”

XII.

Si algún rasgado tallo de cardo se elevara  
Sobre sus compañeros, le cortaban la cabeza, los torcidos  
Sentían celos sino. ¿Qué hizo esos agujeros y rasgadas  
en las ásperas hojas de hierba del muelle, golpeadas como para impedir  
¿Toda esperanza de verdor? Existe alguna bestia que debe andar  
destrozando sus vidas, con bestiales intentos.

XIII.

En cuanto a la hierba, crecía tan exigua como el cabello  
en el leproso; delgadas hojas secas se alzaban en el lodo,  
Que por debajo parecía hecho de sangre.  
Un yerto caballo ciego, con cada hueso visible,  
permanecía estupefacto sobre cómo llegó allí,  
Expulsado de su anterior servicio en el establo del diablo.

XIV.

¿Vivo? Por lo que a mí concierne él podría estar muerto,  
con aquella roja delgadez y el cuello hundido por el esfuerzo,  
y los ojos cerrados bajo la pútrida crin;  
Raramente tal monstruosidad iba de la mano con semejante tristeza;  
Nunca vi una bestia a la que odiase tanto;  
Debía ser perversa para merecer tanto dolor.

XV.

Cerré mis ojos y los volví hacia mi corazón.  
Como un hombre pide vino antes de luchar,  
clamé un sorbo de anteriores y más felices escenas  
esperando así cumplir bien mi cometido.  
Piensa primero, pelea después- el arte del soldado:  
Un saborear el pasado lo pone todo en orden.

XVI.

¡Eso no! Imaginé el enrojecido rostro de Cuthbert  
Bajo el adorno de sus dorados rizos,  
Querido amigo, hasta que casi pude sentirlo rodear  
su brazo con el mío para llevarme hacia el lugar,  
Como él solía hacerlo. ¡Ay! ¡La desgracia de una noche!  
Se apagó el nuevo fuego de mi corazón y lo dejó frío.

XVII.

Luego a Giles, el espíritu del honor- ahí se yergue él,  
Leal como hace diez años recién armado caballero,  
a lo que cualquier hombre honrado se atreviera (dijo él) él se atrevió.  
Bien -pero la escena cambia – ¿Qué manos patibularias  
Clavarían un pergamino sobre su pecho? Sus propias manos

lo leyeron. ¡Pobre traidor, escupió y maldijo!

XVIII.

Es preferible este presente que un pasado así;  
¡De vuelta hacia mi oscuro sendero otra vez!  
Ningún sonido, nada se ve hasta donde alcanza la vista.  
¿Enviaré la noche una lechuza o un murciélago?  
Pregunté, cuando algo en la lóbrega llanura  
Vino a interrumpir mis pensamientos y cambiar su curso.

XIX.

Un repentino arroyo se atravesó en mi camino,  
Tan inesperado como la aparición de una serpiente.  
Corriente tumultuosa, discordante con las tinieblas;  
Ésta, tal como espumeaba, bien podría haber sido un baño  
para la ardiente garra del demonio- al contemplar la ira  
de su negro remolino salpicado de escamas y espuma.

XX.

¡Tan insignificante, y aún así tan malévolos! A todo lo largo,  
Los bajos y esmirriados alisos se arrodillaban ante él,  
Los empapados sauces se arrojaban a sí mismos de cabeza en un arranque  
de silenciosa desesperación; un suicidio en masa:  
El río que les había hecho tanto mal,  
Lo que quiera que ello fuese, se iba rodando, sin dejarse persuadir.

XXI.

El cual, mientras vadeaba, – ¡Cielo Santo, cómo temí  
poner mi pie sobre la mejilla de un hombre muerto  
a cada paso, o sentir la lanza que introduje buscando  
agujeros, enredada en su cabello o su barba!  
– Pudo haber sido una rata de agua lo que ensarté  
Pero, ¡Ugh! Sonó como el chillido de un bebé.

XXII.

Me sentí alegre al llegar a la otra orilla.  
en búsqueda de una tierra mejor. ¡Vano Augurio!  
¿Quiénes eran los enemigos, qué guerra libraban,  
cuyas salvajes pisadas hollarían así el húmedo  
terreno y lo convertiría en un marjal? Sapos en un pozo envenenado,  
o gatos salvajes en una jaula de hierro ardiente.

XXIII.

Así debió haberse visto la batalla en aquel claro.  
¿Qué los acorraló allí, con toda la planicie a su disposición?  
No había huellas que condujeran hacia aquellos horribles aullidos,  
Nada salvo eso. Loco brebaje elaborado para que  
sus cerebros piensen, sin duda, como los de los galeotes que el Turco

enfrenta para su diversión, Cristianos contra Judíos.

XXIV.

¡Y más qué eso – una yarda adelante- por qué, ahí!  
¿Para qué macabro uso serviría ese mecanismo, esa rueda,  
o freno, no rueda- ese filo listo para mutilar  
cuerpos de hombres como si fuesen seda? Con todo el aspecto  
de la herramienta de Tophet, abandonada inadvertidamente en la tierra,  
o traída para afilar sus enmohecidos dientes de metal.

XXV.

Luego vino un tramo de tierra llena de tocones, otrora un bosque,  
Después una ciénaga, o así parecía, y entonces sólo tierra  
Desesperada y abandonada (al igual que un tonto halla regocijo,  
Hace una cosa y luego la estropea, hasta que su ánimo  
¡Cambia y entonces se marcha!) durante un cuarto de acre-  
Lodo, arcilla y grava, arena y sombría desolación negra.

XXVI.

Ora inflamadas erupciones, de colores vivos y horrendos,  
Ora terrenos donde la aridez del suelo  
Se volvía moho o una sustancia como forúnculos;  
Y apareció un roble paralítico, con una hendidura en él  
Como una boca angustiada que resquebraja su corteza  
Boqueando a la muerte, y muriendo mientras se repliega.

XXVII.

¡Y tan lejos como siempre del final!  
Nada en la distancia salvo la noche, nada  
¡Hacia dónde dirigir mis pasos! Mientras lo pensaba,  
Un gran pájaro negro, el íntimo amigo de Apollyon,  
Pasó volando, sin batir sus amplias alas de pluma de dragón  
Que rozaron mi gorro- quizá era la guía que yo buscaba.

XXVIII.

Pues, mirando hacia arriba, de alguna manera me di cuenta,  
A pesar del ocaso, de que la llanura había cedido su lugar  
En derredor a las montañas- por honrar con semejante nombre  
A los feos y apenas cerros y montículos que tapaban la vista.  
Cómo de tal modo me habían sorprendido, – acláralo, ¡Tú!  
Cómo salir de ellos no estaba muy claro.

XXIX.

Sin embargo, una parte de mí pareció descubrir algún truco  
malévolo que me aconteció, Dios sabe cuándo-  
En alguna pesadilla tal vez. Aquí terminaba, entonces,  
Seguir por ese camino. Cuando, en el preciso momento  
De darme por vencido una vez más, escuché un chasquido

¡Como el de una trampa al cerrarse- te hallas en la guarida!

XXX.

Como en una llamarada comprendí todo súbitamente,  
¡Éste era el lugar! Esas dos colinas a la derecha,  
Agazapadas como dos toros con las astas trabadas en pelea;  
Mientras a la izquierda, una alta y trasquilada montaña... tonto,  
Viejo senil, dormitando justo ahora  
¡Tras pasar una vida adiestrándote para verla!

XXXI.

¿Qué se asentaba en el medio sino la Torre misma?  
La redondeada torreta achaparrada, ciega como el corazón del loco,  
Construida en piedra parda, sin parangón  
En el mundo entero. El burlón elfo de la tempestad  
Señala con el dedo al marinero, de este modo, el ser invisible  
Le ataca, solamente cuando el navío zarpa.

XXXII.

¿No ves? ¿Acaso por la noche?- por qué, el día  
¡Regresó para eso! Antes de irse,  
El moribundo ocaso ardió en una fisura;  
Las colinas, como gigantes en cacería, yacen  
Con la barbilla en mano, para ver la caza acorralada-  
“¡Ahora apuñala, y termina con la criatura- hasta el mango!”

XXXIII.

¿No escuchas? ¡Si hay ruido por todas partes! El tañido  
creciente de una campana. Escuchaba  
Los nombres de todos los aventureros desaparecidos, mis pares-  
Cómo tal era fuerte, y cual valeroso,  
Y el otro afortunado, sin embargo, cada uno de ellos de tiempos pasados  
¡Perdidos, Perdidos! En un momento tocaba a muerto por años de tristeza.

XXXIV.

Ahí se encontraban, alineados a lo largo de las faldas de las colinas, reunidos  
Para verme por última vez, un marco viviente  
¡Para un cuadro más! En un lienzo en llamas  
Les vi y les reconocí a todos. Y sin embargo,  
Impávido, llevé a mis labios el cuerno,  
Y toqué. “El noble Roland ha llegado a la Torre Oscura”.